
ERIKA HALVORSEN

LA MARAVILLOSA



Planeta

ERIKA HALVORSEN

LA MARAVILLOSA

Mi madre es la persona más mala que conozco

Somos seis hermanos. Los seis sentimos alivio cuando nos animamos a confesar un mismo deseo, el deseo más aterrador, el más culpable. Los seis, desde muy chiquitos, nos sorprendimos con la misma fantasía recurrente: que Madre muera. Nos sentimos un poco monstruos y bastante miserables. Nadie odia a su mamá. O todos. Pero nadie se anima a decirlo.

Decir que mi madre es la persona más mala que conozco me vuelve sospechosa. Aunque tenga razón, acusarla a ella me convierte a mí también en una mala persona, porque si muchas cosas se heredan, por supuesto la maldad también.

Me salva un poco decir que mis hermanos piensan lo mismo que yo. Eso nos vuelve seis sobrevivientes. O seis hijos de puta.

Cuando era chica no entendía por qué Madre decía que yo era «la hija de la vedette». Yo no sabía muy bien qué era una vedette, pero sí reconocía a las mujeres que le gustaban a mi papá: Moria Casán era una de ellas, y era vedette. Una parte mía fantaseaba con que un día apareciera Moria en casa y me rescatara. Me la imaginaba llegando al campo donde vivíamos, avanzando con el viento en contra, abriéndose camino en medio de la estepa patagónica para llevarme con ella a vivir la vida de vedette que me habían arrebatado.

Más tarde entendí que yo no era hija de ninguna vedette, Madre decía que yo era «la hija de la vejez», porque me tuvo a sus 38, y soy la menor de seis hermanos, la Hermana Sexta. Ella decía «vejez» y mi deseo escuchaba otra cosa, otra madre.

Madre llegó a la provincia de Santa Cruz a principios de los años setenta. Apareció ahí con sus tacos altos y sus uñas largas pintadas de un rojo brillante, unas uñas jamás saltadas, siempre rojas, siempre impecables... Llegó con Marido, Hermana Primera, Hermana Segunda, Hermano Cuarto —que era un bebé de pocos meses— y su madre. Hermano Tercero no vino con ellos. De él hablaré más adelante.

Frente a los ojos de los santacruceños, sobresalía como una porteña despampanante. Tenía el pelo negro azabache, como Moria Casán, y los ojos de Elizabeth Taylor. Sus escotes, sus párpados rellenos con sombra negra, las pestañas pastosas cargadas de rímel en un pueblo donde el viento te borra hasta las venas. Ella llegó como una Blanche Dubois con sus apellidos de oligarca, la hija única de uno de los hijos de Pedro Vicente Nolasco del Corazón de Jesús Ibáñez Anchorena. Pero sus padres se separaron cuando ella tenía 5 años, y nunca más vio a su papá, que murió cuando ella tenía 20.

En el documento de Madre, su nombre es Rosa, pero se presenta como Sandra. Dice que su mamá le quería poner Sandra por una novela que no le dejaban ver. Raro, porque su madre, mi abuela, siempre la llamó Rosita.

Sandra contonea sus caderas coqueteando con el desborde. No se sabe si es una artista provocadora y sofisticada, o una mujer de Las Casitas. Entra al restaurante del Club Británico, donde se juntan los estancieros, y se sienta al piano, dice que es concertista, que estudió piano y ballet. Se sienta y toca «Para Elisa». Llama la atención, se vuelve el centro. Las mujeres de campo no

usan tacos, ni medias de nylon, no se maquillan, llevan las uñas cortas. Las mujeres del viento llevan el pelo recogido, o corto, y tienen la piel curtida.

Papá es joven, tiene tres años menos que ella y es un soltero codiciado. Hijo de estancieros, segunda generación de nacidos y criados, nieto de un vikingo poblador de la zona que hoy se llama El Chaltén. Lo llaman «el Gringo» y con su metro noventa y tres y sus ojos celestes podría ser galán de cine. Papá es un hombre de campo, pero le tira la bohemia, la noche, los burros, el tango, las putas. Papá es jugador, le gusta el casino y el hipódromo. A fines de los años sesenta, le tocó hacer el servicio militar como granadero de Onganía. Papá supo aprovechar cada uno de sus francos en la gran ciudad. Siempre recuerda cuando le tocaron días de arresto por robarse el diario que llegaba a Olivos. Él quería ver los resultados de las carreras y le primereaba el diario al presidente de la Nación.

No sabemos si fue en ese club de estancieros, o en otro pirigundín de la soledad patagónica, que Papá y Madre se vieron por primera vez. Lo que sí imagino es que ese hombre vio en ella, en Sandra o en Rosa, la mirada melancólica de la noche porteña. Se reconocieron, ella fue su tentación, su falta trágica, su peor error. De ese error nacimos Hermano Quinto y yo, Sexta, la hija de la vedette que no fue.

Papá se llevó a Sandra, sus hijos previos y su suegra, nuestra Abuela materna, a vivir con él al campo que administraba. Fue un escándalo: todos hablaban de «la porteña que se le instaló al Gringo». Los padres de Papá le retiraron el saludo y dejaron de verlo por seis años. Una vez se cruzaron en una estación de servicio en la ruta. Mis abuelos, en un Torino ocre muy bien lustrado. Ella y Papá, en una camioneta colorada marca Ford. Las dos parejas evitaron mirarse. Papá pagó rápido el combustible y

salió arando, lloró todo el viaje hasta llegar a la tranquera de la estancia. No hablaron en ningún momento del camino, Madre, tras sus gafas enormes, apretó las muelas. Llena de odio y de hambre.

En aquellas épocas Hermano Cuarto era un bebé. Papá fue también su papá, el chiquito nunca conoció a otro. Hermana Primera era adolescente y se quedó en Río Gallegos, el pueblo más cercano, para ir a la escuela. Abuela, la mamá de Madre, la acompañaba durante la semana y se hacía mala sangre porque Hermana Primera se le escapaba de la casa. Le tiraba la noche y le tiraban los hombres, ya a los 13 o 14 años desaparecía para revolcarse con soldados y con prefectos en sus días de franco.

Tiempo después, Hermana Primera apareció con uno de los prefectos y una propuesta de casamiento. Madre la autorizó al instante, qué mejor que un hombre se la llevara, sacársela de encima. Hermana Primera tenía 15 años cuando la casaron, y su esposo, 33.

Sobre el casamiento de Hermana Primera, Madre cuenta que le mandó a hacer un vestido de novia con trescientas perlas cultivadas en cada manga y un casquete bordado del que salía un tul larguísimo que se mezclaba con sus rulos rojizos. Hermana Primera tiene ojos verdes, es la única con ojos claros y eso siempre le significó algo, a ella y a Madre. Como un privilegio, un don, un valor agregado ante los hombres. En casa de Madre, los talentos solo son útiles si sirven para conquistar a un hombre.

Madre dice que el día del casamiento —ni Quinto ni Sexta habíamos nacido— el esposo llevaba uniforme de gala. La iglesia estaba repleta de prefectos y de varios matrimonios pertenecientes a las altas esferas de la sociedad rural y la política, dice, que hasta el gobernador de Santa Cruz. Madre siempre tuvo facilidad para acceder a los ámbitos de poder.

La puerta se abrió y Hermana Primera avanzó hacia el altar con Papá del brazo. Papá, el hombre más hermoso del mundo, acompañaba a la hija mayor de su mujer. Pero ella no llevaba puesto el vestido con perlas, ni el casquete, ni tules, ni vestido blanco. Hermana Primera estaba en jeans, con zapatillas, una remera roja y una campera también de jean. Avanzaba hacia el altar mientras mascaba chicle y sonreía a los invitados. Madre cuenta que corrió desesperada por el pasillito del centro para frenarla. El prefecto sonreía desde el altar, enamorado ante la rebeldía de la novia.

—¿Qué hacés con esa ropa?

—Con este viento cómo me voy a poner ese vestido.

Este relato de casamiento lo escuché hasta el cansancio. Pero, recién al escribir estas palabras se me ocurre sospechar. Llamo a Hermana Segunda y le pregunto si ella estaba ese día. Me dice que no. Que por supuesto se acuerda del relato, pero de ese día solo recuerda cierto nerviosismo. Repite que ni ella ni Hermano Cuarto estuvieron invitados al casamiento. Tampoco recuerda a Hermana Primera en pruebas con modistas. Ni vestidos. Ni mangas con perlas.

Lo cierto es que Hermana Primera se fue de la provincia con su marido prefecto y por mucho tiempo no supimos de ella.

El collar de fideos

En el campo quedaron Hermano Cuarto, Madre y Papá. Hermana Segunda iba al jardín de infantes, así que durante la semana se quedaba en Río Gallegos al cuidado de Abuela. Una tarde, a la salida del jardín, unos hombres interceptaron a Abuela y se llevaron a mi hermana. La subieron a un avión y la sacaron de la provincia.

Madre cuenta el secuestro de Hermana Segunda como uno de los hechos más traumáticos de su vida. Se lo escuché narrar miles de veces. Dice que le cortaron los rulos largos y castaños y se los mandaron a ella en una caja de zapatos. Dice que los que orquestaron el secuestro eran exempleados de su padre, o de su abuelo, o de su tía, el ala aristócrata de la familia. Esa parte siempre queda abierta, difusa. Cuenta que, luego de pagar un rescate, el gobernador de la provincia puso el avión a disposición y fue ella misma en persona al encuentro de su hijita. Cuenta que la esperó en una plaza cerca de un lugar llamado Adrogué. La esperó dentro de un auto, un Falcon, y la policía se la trajo. Hermana Segunda estaba en pijamas y tenía el pelo cortito. Estaba aterrada y descalza. Dice que cuando mi hermana la vio, se calmó, la abrazó y reparó en el collar de plata que llevaba puesto. Madre, parecía hecho de fideos. Desde ese momento a ese collar lo llamamos el collar de los fideos.

Madre termina siempre el relato con esa imagen, a veces hasta muestra el viejo collar que todavía atesora, y nadie pregunta más. Pasaron muchos años hasta que pude conocer el lado oculto de esa misma escena.

Aquí van las piezas que le faltaron siempre al cuento de Madre: Hermana Segunda y Hermano Tercero son hijos del mismo padre, un Marido que Madre dejó por Papá. Hermano Tercero no viajó con los demás a la Patagonia, nunca vivió con nosotros. Nació con problemas de salud, un solo riñón y otras complicaciones que lo volvieron frágil y dependiente de algunos cuidados que Madre no podía ni estaba dispuesta a ofrecer. Ella no nació para ir todos los días a un hospital.

La abuela paterna de Hermano Tercero se hizo cargo del cuidado de su nieto y de su crianza. Esa misma mujer luchó por la tenencia de su otra nieta, Hermana Segunda, y así fue autorizado el traslado desde la provincia de Santa Cruz a su casa en Adrogué. Es decir: Hermana Segunda no fue secuestrada. Hermana Segunda fue dada legalmente a quien tenía la tutela, su abuela paterna. Para las autoridades y la justicia, Madre no reunía los requisitos básicos para confiarle el cuidado de nadie.

Lo cierto es que Hermana Segunda vivió un tiempo con Hermano Tercero y la abuela de ambos hasta que un día irrumpió la policía en su casa de Adrogué. Entraron temprano, mientras dormían. La abuela los sacó de la cama para esconderlos. A Hermano Tercero lo pasaron por arriba del cerco a la casa de los vecinos. Siempre recuerda que veía unos cajones con sifones de soda en el suelo mientras atravesaba el cerco por lo alto.

Pero los policías no lo buscaban a él, no venían por él, no lo querían a él. Los policías de civil, en plenos años sangrientos de la Argentina, venían por ella, por Hermana Segunda. Y se la llevaron a la fuerza. La chiquita de 5 años lanzaba piñas y

patadas, aterrada. La subieron a un auto y la llevaron hasta un descampado donde esperaba otro auto: un Falcon.

Hermana Segunda se sorprendió al ver que dentro de ese Falcon estaba Madre. La recuerda vestida de negro con un suéter de cuello alto y un collar de plata del que colgaban tiritas como espaguetis. «Parece de fideos tu collar», le dijo. Hermana Segunda tenía el pelo cortito, pero no se lo habían cortado para dar ninguna prueba de vida. Su abuela le cortó el pelo porque fue la única manera que encontró para controlar la invasión de piojos que traía la nena en la cabeza cuando llegó de la Patagonia.

Así, sin orden judicial, sin tutela, sin permiso, con la complicidad escalofriante de los seres más siniestros de la historia de nuestro país, Madre arrancó a Hermana Segunda de la casa de su exsuegra.

Madre dice que le debe la gestión del rescate al Comisario Etchecolatz. Que podrán decir lo que quieran de él, pero que ella es agradecida. Que Etchecolatz habrá sido un genocida, un torturador o lo que sea, pero a ella le devolvió a su hija.

La abuela de mis hermanos se asustó demasiado como para seguir peleando por su nieta y se aferró al cuidado de Hermano Tercero.

Hermano Tercero nunca superó la herida que le quedó de ese día.

—A mí no me quisieron llevar.